

Autorretrato y Discursos de la infancia

Usted habla mucho, ¿cierto?

Desde muy pequeña, esa frase ha sido una de las que más me ha seguido. “Usted habla mucho”, me decían en voz baja, en voz alta, en tono de burla o de crítica. Como si hablar con emoción, contar ideas, hacer preguntas o dar mi opinión estuviera mal. Muchas veces me hicieron sentir que estaba invadiendo el espacio de otros por hablar, que debía aprender a callar más y a escuchar sin participar. Por un tiempo traté de hacerlo. Pero en el fondo sabía que esa necesidad de expresarme hacía parte de mí. Que hablar era también una forma de amar, de pensar, de existir. Hoy entiendo que no tengo que silenciarme para ser querida. Mi voz no es un exceso: es mi identidad.

¿Y usted por qué es tan alta?

Durante años, mi altura fue un tema de conversación. Siempre la más alta en la fila, la primera en sobresalir en las fotos, la que parecía mayor aunque no lo era. A veces lo decían como halago, otras veces con sorpresa, y muchas veces con burla. En los bailes o actividades escolares, me hacían a un lado “porque se notaba mucho”. En las reuniones de familia, la pregunta de siempre: “¿Cuánto mide ya?”. Hubo momentos en que me sentí incómoda en mi propio cuerpo, deseando no llamar la atención. Pero aprendí que no tengo que esconderme ni adaptarme a un molde. Mi estatura no es un defecto, es parte de mi fuerza, de mi presencia. Ahora la camino con orgullo.

¿No se queda quieta nunca?

Siempre fui una niña inquieta. Me gustaba moverme, jugar, bailar, correr de un lado a otro. Pero eso a veces se tomaba como un problema. Me pedían que “me portara bien”, que no interrumpiera con mi energía, que fuera más tranquila. Poco a poco me fui conteniendo, aprendí a quedarme en silencio o sentada, a reprimir mis ganas de hacer cosas. Hoy entiendo que esa vitalidad no era algo malo, que ser inquieta no significa ser desobediente. Es una manera de estar viva, de sentir, de expresarme con todo mi cuerpo.

discurso y el proceso de creación y transformación

Este autorretrato no solo cuenta una historia; la fotografía intervenida que lo acompaña busca capturar visualmente el impacto de esas frases que marcaron

mi cuerpo, mi voz y mi energía. En ella quiero mostrar cómo esas palabras que antes me dolían como “hablas mucho”, “muy alta”, “no paras quieta” dejaron de ser etiquetas impuestas y se transformaron en partes esenciales de mi identidad.

Mi cuerpo, antes juzgado, ahora es reclamado como propio. Mi voz, antes silenciada, ahora se expresa con seguridad. Mi movimiento, antes controlado, ahora fluye libre. La fotografía es testigo de ese proceso: el paso del juicio a la aceptación, de la vergüenza al orgullo, de la duda a la construcción de un yo auténtico.

